

Emparamado

Felipe Osorio Vergara

¿Tiene la lluvia padre? / ¿Quién engendró las gotas del rocío? / ¿De qué vientre salió el hielo? / Y la escarcha del cielo, ¿quién la engendró?

Job 38: 28-29

Nieves perpetuas, imperecederas, eternas. Su blancura perenne despunta las cumbres andinas. Frío, helado, gélido. Temperaturas extremas que retan la calidez ecuatorial de Colombia. Húmedo, mojado, empapado. Neblinas oscuras que cubren como un velo el perfil montañoso de las cordilleras. La segunda vez que la vi fue más emocionante. Estaba en mi país, con mis padres, y me había costado un gran esfuerzo llegar hasta ella. La vi caer en medio del paisaje desnudo, rocoso, de la cima de la Doncella de la Montaña. Sus fríos copos se derretían al contacto con la piel. Eran efímeros, delicados, casi como el pétalo de esas orquídeas paramunas que había visto con sus raíces aéreas abrazar encenillos y sietecueros. La nieve de los Andes septentrionales se siente más suave, más ligera, que aquella que cae con vehemencia en los inviernos de los países boreales. Alcanzar esta nieve, este glaciar, esta altura, había sido toda una aventura.

A 4.100 metros de altitud, en el sendero Conejeras, se inicia el ascenso. Es uno de los sitios más populares para subir. Allí, junto al letrero de Parques Nacionales, se reúnen los visitantes: un mosaico de Colombia; una colcha de retazos regional. Costeños, cachacos, antioqueños, cafeteros, llaneros... Para los primeros y los últimos, el ascenso se tornará en infierno.

El sendero atraviesa el páramo de Los Nevados. El frío cala los huesos. La lluvia constante, la niebla densa y el aire de humedad recargado no ayudan mucho a la sensación térmica. Pronto, al empezar la caminata, se disparan los arrepentimientos: «¿Por qué traje tanto peso en la mochila? ¿Cuándo me voy a comer todo el mecato que empaqué? ¡Me encarté con los binóculos, con esa neblina no se ve ni la persona del frente! ¿Por qué no traje guantes? ¡Cuánto me hubiera servido una chaquetica extra!».

El guía, conocedor del estado físico de los ciudadanos, mantenía un paso lento, de empuje. Aunque bien vale aclarar que muchos de los más calificados deportistas no estaban preparados para la altura. Los bogotanos gozaban de un as bajo la manga: vivir 2.600 metros más cerca de las estrellas les hacía tener unos pulmones más adaptados a esas condiciones de alta montaña. Los de Medellín y Pereira debíamos conformarnos con habitar altitudes medias, 1.400 - 1.600 metros, que nos hacían ser montañeros,

pero no lo suficiente para soportar la estrangulante falta de oxígeno de los casi 5.000 metros de altura de la cumbre. Los costeños y los llaneros, acostumbrados a la calidez de las tierras bajas del litoral y la llanura, padecían como nadie el frío y la altura.

Poco más de 200 años después de aquella hazaña independentista en Pisba, fui testigo de cómo el páramo vencía al llano. Ya no a combatientes de poncho que buscaban la emancipación, sino a unos turistas de Villao, desmayando ante el soroche.

Arbustos, pajonales, arbolitos enanos, frailejones y musgos por todos lados formaban el paisaje que acompañaba el ascenso. Los frailejones más antiguos, de varios metros, parecían escoltas del camino, y cuando se juntaban a la vera del sendero se veían como columnatas de un templo, de una ciudad perdida, de un dorado oculto entre las brumas andinas. Las lagunas, esparcidas entre los matorrales, eran puntos de partida de riachuelos y manantiales. Sorprendía que espejos de agua aparentemente tan pequeños fueran los padres de ríos como el Otún, que abastece a Pereira. Del páramo de Los Nevados dependen dos millones de personas, y, al ampliar la proyección al país, el 70% del agua de los colombianos de la Región Andina se debe a los 36 páramos nacionales. Fábricas de agua les llaman, aunque preferiría llamarlos el techo húmedo de Colombia.

Hay pumas, cóndores, osos, dantas y venados, me dijeron, y, aunque no vi ninguno, todo el camino subí en silencio, esperanzado con, al menos, ver el vuelo del ave del escudo. Colombia es privilegiada en páramos, escuchaba todo el tiempo; tenemos la mitad de ellos. Ecuador y Venezuela también tienen. De resto, existen ecosistemas espejo, como las punas y jalcas de Perú, o los páramos (que son distintos a los nuestros) de África y Centroamérica.

Las brumas eternas hacen del paisaje un cuadro vaporoso, de penumbra, de soledad casi mágica. Pintar esa alma sombría, de hálito húmedo y frío, fue quizá lo que mejor logró hacer Gonzalo Ariza, pintor bogotano, más conocido como el retratista de los páramos. Y aunque este ecosistema de alta montaña aparezca en pinturas coloniales y en acuarelas de las expediciones de Humboldt y la Comisión Corográfica, y más recientemente en miles de fotos de internet, no hay fotografía, pincelada ni daguerrotipo que logre transmitir lo que se siente al estar en uno. Nada se compara a la niebla que hiela el rostro, al agua de llovizna fría que chorrea por la piel, a la velluda hoja de frailejón palpada por la mano desnuda... Uno está en el páramo, pero el páramo se cuele en uno. Se siente el frío atravesar los tuétanos, el agua mojar los cabellos y la niebla inflar el pecho. De ahí que el verbo «emparamar» sea tan bello. Emparamarse

no solo es mojarse, es también untarse de páramo. Y aunque subí para ver la nieve, y me deleité con una nevada en el trópico en la cumbre del Santa Isabel, lo que más disfruté fue, sin duda, emparamarme: fundirme con el páramo. Al menos antes de que el calentamiento global los consuma.

Fotografías: Felipe Osorio V.



